

manera que mis cinco escribientes y yo, trabajamos por doce! Dentro de diez años tendré la mas brillante clientela de Paris. Aquí se apasionan por los negocios y por los clientes! y esto principia á saberse. He tomado Godeschal á mi colega Derville; hace quince dias no era más que segundo escribiente; pero nos hemos conocido en aquel grande estudio. En mi casa, Godeschal tiene mil francos, mesa y alojamiento. Es un muchacho que me conviene, es infatigable! Y le quiero á ese muchacho! Ha sabido vivir con seiscientos francos, como yo cuando era escribiente. Lo que exijo sobre todo es una probidad sin tacha; y cuando así se la practica en la indigencia, se es todo un hombre. Un escribiente será despedido de mi estudio á la más leve falta de ese género.

—Vamos, el niño ha ingresado en buena escuela, —dijo Moreau.

Oscar vivió durante dos años en la calle de Béthisy, en el antro del embrollo, porque si alguna vez esta rancia expresion ha podido aplicarse á un estudio, fué al de Desroches. Bajo esta vigilancia á un tiempo meticulosa y hábil, fué mantenido en sus horas y trabajos con tal rigidez, que su vida, en medio de Paris, se parecia á la de un monje. Godeschal se levantaba á las cinco de la mañana en todos tiempos. Bajaba con Oscar al estudio á fin de economizar el fuego en invierno, y encontraban siempre á su principal levantado, trabajando. Oscar hacia expediciones para el estudio y aprendia sus lecciones para la cátedra; pero las aprendia en proporciones enormes: Godeschal, y muchas veces el principal, indicaban á su discipulo los autores que debia consultar y las dificultades que debia vencer. Os-

car no abandonaba un titulo del Código, sino despues de haberlo profundizado y satisfecho alternativamente á su principal y á Godeschal, quienes le sujetaban á unos exámenes preparatorios más sérios y más extensos que los de la Escuela de derecho. Al regresar de la cátedra, en la cual pasaba poco tiempo, volvía á ocupar su puesto en el estudio, trabajaba de nuevo en él, iba á la Audiencia á veces, estaba, en fin, á las órdenes del terrible Godeschal hasta la hora de comer. La comida consistia en un abundante plato de carne, un plato de verdura y una ensalada. Componia los postres un pedazo de queso de Gruyère. Despues de comer, Godeschal y Oscar entraban de nuevo en el estudio y trabajaban hasta la noche! Oscar iba una vez al mes á almorzar á casa de su tio Cardot, y pasaba los domingos en casa de su madre. De vez en cuando Moreau, cuando iba al estudio para sus asuntos, se llevaba á Oscar á comer al Palais-Royal, y le obsequiaba llevándolo al teatro. Oscar habia sido metido en cintura de tal modo por Godeschal y por Desroches, respecto á sus veleidades elegantes, que ya no pensaba en ataviarse. —Un buen escribiente, —le decia Godeschal, debe tener dos trajes negros (uno nuevo y otro viejo), un pantalon negro, medias negras y unos zapatos. Las botas cuestan demasiado caras. Tiene uno botas cuando es procurador. Un escribiente no debe gastar en junto mas de setecientos francos. Se llevan buenas camisas ordinarias de tela fuerte. Ah! cuando uno parte de la nada para llegar á la fortuna, es preciso que sepa reducirse á lo necesario. ¿Veis á M. Desroches? Ha hecho lo que nosotros hacemos, y ha conseguido su objeto.



Godeschal predicaba con el ejemplo. Si profesaba las máximas más estrictas, sobre el honor, sobre la discreción, sobre la probidad, las practicaba sin énfasis, de la misma manera que respiraba, que andaba. Ellas eran el juego natural de su alma, como el andar y la respiración son el juego de los órganos. Diez y ocho meses después de la instalación de Oscar, el segundo escribiente padeció por segunda vez una leve equivocación en la cuenta de su reducida caja. Godeschal le dijo en presencia de todo el estudio:— Mi querido Gaudet, idos espontáneamente de aquí, para que no se diga que vuestro principal os ha despedido. Sois distraído ó poco exacto, y el más leve de estos defectos es muy grave aquí. El principal no sabrá nada, es cuanto puedo hacer por un compañero. A los veinte años, Oscar se encontró tercer escribiente del estudio del señor Desroches. Si nada ganaba todavía, fué alimentado, alojado, porque desempeñaba el trabajo de un segundo escribiente. Desroches ocupaba á dos oficiales primeros, y el segundo escribiente se doblegaba al peso de sus trabajos. Al terminar su segundo año de derecho, Oscar ya más entendido que muchos licenciados, despachaba inteligentemente la Audiencia y pleiteaba algunos relatos. En una palabra, Godeschal y Desroches estaban contentos de él. Únicamente, aunque ya razonable casi, descubría cierta propensión á los placeres y un deseo de brillar que la severa disciplina y el trabajo continuo de esta vida refrenaban. El mercader de tierras, satisfecho de los progresos del escribiente, aflojó su rigor. Cuando en julio de 1828, Oscar obtuvo bolas blancas en sus últimos exámenes, Moreau le dió con

que vestirse elegantemente. Mme. Clapart, feliz y orgullosa de su hijo, preparaba un soberbio equipo al futuro licenciado, al futuro segundo escribiente. En las familias pobres, los regalos tienen siempre el mérito de la utilidad. A principios de noviembre, Oscar Husson ocupó la habitación del segundo escribiente al cual sustituía al fin; disfrutó ochocientos francos de honorarios, la mesa y el alojamiento. De manera que el tío Cardot, que fué á pedir informes secretos á Desroches acerca del comportamiento de Oscar, prometió á Mme. Clapart poner á su hijo en disposición de adquirir un estudio, si proseguía por tan buen camino.

A pesar de tan juiciosas apariencias, Oscar Husson renía rudas batallas en el fondo de su alma. Por momentos quería abandonar una vida tan directamente opuesta á sus gustos y á su carácter. Los presidiarios le parecían más afortunados que él. Lastimado por el collar de este régimen de hierro, dábanle tentaciones de escapar, al compararse en medio de las calles, con algunos jóvenes bien vestidos. Arrastrado con frecuencia por movimientos de locura hácia las mujeres, solía resignarse, pero caía en un profundo hastío de la vida. Sostenido por el ejemplo de Godeschal, era mas bien arrastrado, que alentado por sí mismo, á proseguir por tan duro sendero. Godeschal, que observaba á Oscar, profesaba el principio de no exponer su pupilo á las seducciones. La mayor parte de las veces el escribiente carecía de dinero ó poseía tan poco, que no podía entregarse al menor exceso. En este último año, el valiente Godeschal había llevado á cabo cinco ó seis partidas de recreo con Oscar, pagándole



el gasto, porque comprendió que era necesario aflojar la cuerda á este tierno cabrito atado. Estas francachelas, como las llamaba el severo primer escribiente, ayudaron á Oscar á suportar la existencia; porque se divertía poco en casa de su tío Cardot y ménos aún en casa de su madre que vivía más escasamente que Desroches. Moreau no podía, como Godeschal, familiarizarse con Oscar, y quizás este sincero protector del jóven Husson se sirvió de Godeschal para iniciar al pobre niño en los misterios de la vida. Habiendo adquirido discrecion, Oscar había acabado por medir, al contacto de los negocios, la enormidad de la falta cometida en su fatal viaje en *coucou*; pero la masa de sus antojos refrenados, la locura de la juventud, podían arrastrarle aún. Con todo, á medida que adquiría conocimiento del mundo y de sus leyes, se iba formando su razon, y con tal que Godeschal no le perdiese de vista, Moreau se lisonjeaba de conducir á buen puerto el hijo de Mme. Clapart.

—¿Cómo sigue?—preguntó el traficante en fincas, al regresar de un viaje que le había tenido algunos meses alejado de Paris.

—Siempre exceso de vanidad,—respondió Godeschal. Le dais hermosos trajes y hermosa camisa, lleva pecheras de bolsista, y mi lechuguino va todos los domingos á las Tullerías en busca de aventuras. ¿Qué quereis? Es jóven. Me atormenta para que le presente á mi hermana, en casa de la cual vería una famosa sociedad: actrices, bailarinas, elegantes de profesion, gente que se come su fortuna.... No tiene afieion á ser procurador, mucho lo temo. A pesar de ello, ha-

bla bastante bien, podría ser abogado, pleitearía asuntos bien preparados....

En noviembre de 1825, cuando Oscar Husson tomó posesion de su puesto y cuando se disponía á hacer sus ejercicios para la licenciatura, entró en casa de Desroches un cuarto escribiente nuevo, para llenar el vacío que dejaba la promocion de Oscar. Este cuarto escribiente, llamado Federico Marest, pensaba dedicarse á la magistratura y estaba terminando su tercer año de derecho. Segun los informes obtenidos por la policia del estudio, era un hermoso jóven de veintitres años, enriquecido con doce mil libras de renta por el fallecimiento de un tío soltero, é hijo de una tal Mme. Marest, viuda de un rico negociante en maderas. El futuro sustituto, animado del deseo de conocer su oficio en los menores detalles, se colocaba en casa de Desroches con intencion de estudiar los procedimientos y hacerse capaz de desempeñar la plaza de escribiente principal en el término de dos años. Contaba seguir su carrera de abogado en Paris, á fin de hacerse apto para el desempeño de las funciones del puesto que no se negaría á un jóven rico. Verse á los treinta años procurador del rey, en un tribunal cualquiera, constituía toda su ambicion. Por más que este Federico fuese primo carnal de Jorge Marest, como el misticador del viaje á Presles no había dicho su nombre más que á Moreau, el jóven Husson sólo le conocía por Jorge y este nombre de Federico Marest nada podía recordarle.

—Señores,—dijo Godeschal, durante el almuerzo, dirigiéndose á todos los escribientes; os anuncio la próxima llegada de un novato; y como quiera que es



muy rico, le haremos pagar, así lo espero, una famosa bienvenida.....

—Adelante con el libro! y seamos formales,—dijo Oscar mirando al amanuense.

Este se encaramó como una ardilla á lo largo de las casillas, con objeto de apoderarse de un registro colocado en la última tabla para recibir en ella capas de polvo.

—Se ha ennegrecido,—dijo el amanuense, mostrando un libro.

Expliquemos que burla perpetua engendraba este libro entonces usado, en la mayor parte de los estudios. *No hay más que almuerzos de escribientes, comidas de arrendadores y cenas de señores*, este antiguo dicho del siglo décimo octavo ha permanecido cierto en lo concerniente á la *bazoche*, (1) para todo el que ha pasado dos ó tres años de su vida en estudiar los procedimientos en casa de un procurador, el notariado en casa de un maestro cualquiera. En la vida de escribiente, en que se trabaja tanto, se ama el placer con tanto más ardor cuanto que es raro; pero se saborea sobre todo con delicia una mistificación. Esto explica hasta cierto punto la conducta de Jorge Marest en el coche de Pierrotin. El escribiente más sombrío se halla siempre minado por un deseo de farsa y de burla. El instinto con que entre escribientes se encuentra y se desarrolla una mistificación, una broma, maravilla verlo, y sólo tiene su analogía entre los pintores. El taller y el estudio son, en este

(1) La palabra *bazoche*, sin equivalente en nuestro idioma, significa la jurisdicción y tribunal de los escribientes que tenían los procuradores en el Parlamento de París. (N. del T.)

género, superiores á los comediantes. Al comprar un estudio sin clientela, Desroches volvía á inaugurar en cierto modo una nueva dinastía. Esta fundación interrumpió la continuación de los usos relativos á la bienvenida. Así, venido á una habitación donde jamás se habían horroneado papeles timbrados, Desroches había puesto en ella mesas nuevas, carteras blancas y orladas de azul, completamente nuevas. Su estudio se compuso de escribientes tomados de diversos estudios, sin lazos entre ellos, y por decirlo así, asombrados de verse reunidos. Godeschal, que había hecho sus primeras armas en casa del maestro Derville, no era escribiente capaz de dejar perder la preciosa tradición de la bienvenida. La bienvenida es un almuerzo que todo novato debe á los antiguos en el estudio donde entra. Ahora bien, cuando el jóven Oscar vino al estudio, á los seis meses de la instalación de Desroches, durante una velada de invierno en que los asuntos quedaron despachados temprano, en el momento en que los escribientes se calentaban al fuego antes de salir, Godeschal inventó confeccionar un llamado registro *architriclino-bazochiano* de la última antigüedad, salvado de las tempestades de la Revolución, procedente del procurador del Châtelet Bordin, predecesor inmediato de Sauvagnest, el procurador de quien Desroches tenía su cargo. Se principió por buscar, en casa de un vendedor de papeles viejos, algún registro de papel con marca del siglo décimo octavo, debidamente encuadernado en pergamino, en el cual se leyese una sentencia del Consejo Supremo. Habiendo encontrado este libro, se le restregó por el polvo, por la sartén, por la chime-



nea, por la cocina; hasta se le dejó en el sitio que los escribientes llaman la *cámara de los deliberantes*, y se obtuvo una putrefacción capaz de entusiasmar á los anticuarios, rajas de una antigüedad salvaje, cantoneras raidas hasta hacer creer que los ratones se habían regalado con ellas. El corte fué teñido de amarillento con una perfeccion asombrosa. Una vez preparado el libro, hé ahí algunas citas que dirán al más negado el uso á que el estudio de Desroches consagraba esta coleccion, cuyas sesenta primeras páginas abundaban en falsos procesos verbales. En la primera hoja se leía:

«En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen. Hoy, fiesta de nuestra señora Santa Genoveva, patrona de París, bajo cuya advocacion se han colocado, desde el año 1525, los escribientes de este Estudio, nosotros, los abajo firmados, escribientes y amanuenses del estudio de maese Gerónimo Sebastian Bordin, sucesor del difunto Guerbet, procurador que en vida fué del Châtelet, hemos reconocido la necesidad en que nos hallábamos de establecer el registro y los archivos de las instalaciones de los escribientes en este glorioso estudio, miembro distinguido del reino de *bazoche*, cuyo registro se ha visto lleno á consecuencia de las actas de nuestros queridos y muy amados predecesores, y hemos requerido al archivero de la Audiencia para que lo una á los de los demás estudios, y todos hemos oído misa en la parroquia de San Severino, para solemnizar la inauguración de nuestro nuevo registro. En fe de lo cual hemos firmado todos: — Malin, escribiente principal:

Grevin, segundo escribiente; Anastasio Feret, escribiente; Jaime Huet, escribiente; Regnaud de Saint-Jean-d'Angély, escribiente; Bedeau, amanuense. Año 1787 de nuestro Señor. Oída la misa, nos hemos trasladado á la Courtille, y hemos celebrado á escote un abundante almuerzo que no ha terminado hasta las siete de la mañana.» (1)

Estaba milagrosamente escrito. Un inteligente hubiera jurado que esta escritura pertenecía al siglo décimo octavo. Seguian veintisiete procesos verbales de recepciones, y la última se referia al año fatal de 1792. Despues de una laguna de catorce años, principiaba el registro, en 1806, con el nombramiento de Bordin como procurador cerca del tribunal de primera instancia del Sena. Hé aquí el texto, que señalaba la reconstitucion del reino de *bazoche* y otros lugares:

«Dios, en su infinita clemencia, ha querido que á pesar de las espantosas borrascas que se han cebado en la tierra de Francia, que ha llegado á ser un grande Imperio, se hayan conservado los preciosos archivos del muy célebre estudio de maese Bordin; y nosotros, los abajo firmados, escribientes del muy digno y muy virtuoso maese Bordin, no vacilamos en atribuir esta inaudita conservacion, cuando tantos títulos, cartas y privilegios se han extraviado, á la proteccion de Santa Genoveva, patrona de este estudio, y tambien al culto que el último de los procu-

(1) En el original se halla escrito este documento burlesco en francés del siglo XVIII.



radores á la antigua ha profesado á cuanto tendia á conservar los antiguos usos y costumbres. En la inseguridad de saber cual es la parte de Santa Genoveva y cual la de maese Bordin en este milagro, hemos resuelto trasladarnos á San Estéban del Monte, para oír allí una misa que será rezada en el altar de esta santa pastora que nos envía tantos carneros que trasquilar, y ofrecer un almuerzo á nuestro principal, esperando que él pagará el gasto.— Han firmado: Oignar, primer escribiente; Poidevin, segundo escribiente; Proust, escribiente; Brignolet, escribiente; Derville, escribiente; Agustin Coret, amanuense.

En el estudio, 40 Noviembre 1806.»

«Al día siguiente, á las tres horas de hallarse levantados, los escribientes abajo firmados consignan aquí su gratitud hácia su excelente principal, que les ha obsequiado en casa del señor Rolland, fondista, calle del Hasard, con exquisitos vinos de tres países, Burdeos, Champagne y Borgoña, con platos especialmente condimentados, desde las cuatro horas de levantados hasta las siete y media. Ha habido café, helados, licores en abundancia. Pero la presencia del principal no ha permitido cantar alabanzas en canciones propias de escribientes. Ni uno solo de éstos ha traspasado los límites de un amable buen humor, porque el digno, el respetable y generoso principal habia prometido llevar á sus escribientes á ver á Talma en *Britannicus*, en el Teatro Francés. Deseamos larga vida á maese Bordin! Que Dios derrame beneficios sobre nuestro jefe venerable!... Ojalá logre vender caro un estudio tan glorioso!... Que el cliente rico se le

entregue á pedir de boca! Que sus cuentas le sean satisfechas hasta el último maravedí!... Ojalá se parezcan á él nuestros futuros principales! Quiéranle siempre los escribientes, áun cuando ya no exista!...»

Seguian treinta y tres procesos verbales de recepciones de escribientes, los cuales se distinguian por caracteres y tintas diversas, por frases, firmas y elogios de la buena mesa y de los vinos, que parecian demostrar que el proceso verbal se redactaba y firmaba en plena sesion, *inter pocula*. En fin, con fecha junio de 1822, época de la jura de Desroches, se encontraba esta prosa constitucional:

«Yo, el abajo firmado, Francisco Claudio Maria Godeschal, llamado por maese Desroches para desempeñar las difíciles funciones de primer escribiente, en un estudio donde debia crearse la clientela, habiendo sabido por maese Derville, de cuyo estudio procedo, la existencia de los famosos archivos *architriclinobazochianos*, célebres en la Audiencia, he suplicado á nuestro amable principal que las pida á su predecesor, porque importaba hallar este documento fechado en el año 1786, que va unido á otros archivos depositados en la Audiencia, cuya existencia nos ha sido certificada por los señores Terrasse y Dudos, archiveros, y con ayuda de los cuales se remonta hasta el año 1525, encontrando indicaciones históricas del más alto precio sobre las costumbres y la cocina de los escribientes. Habiéndose procedido á este requerimiento, el estudio ha sido puesto hoy en posesion de estos testimonios del culto que nuestros predecesores han



tributado constantemente á la *diva* botella y á la buena mesa. En su consecuencia, para edificacion de nuestros sucesores, y para reanudar la cadena de los tiempos y de los cubiletes, he convidado á los señores Doublet, segundo escribiente; Vassal, tercer escribiente; Hérisson y Grandemain, escribientes, y Dumets, amanuense, á almorzar el domingo próximo en el *Cheval-Rouge*, en el muelle de San Bernardo, donde celebraremos la conquista de este libro que contiene la lista de nuestros gastrónomos. Este domingo, 27 junio, se han apurado doce botellas de diferentes vinos, calificados de exquisitos. Han sido dignos de mencionarse los dos melones, los pasteles á la salsa romana, un filete de buey, una empanada á los *Champignons*. Mlle. Marietta, ilustre hermana del primer escribiente y primer premio de la Real Academia de música y baile, habiendo puesto á la disposición del estudio butacas de orquesta para la función de esta noche, se ha tomado acta de esta generosidad. Item más: se ha decretado que los escribientes se trasladen personalmente al domicilio de esta noble señorita, para darle las gracias y declararle que á su primer proceso, si el diablo se lo envía, no pagará más que los desembolsos, de lo cual se toma acta. Godeschal ha sido proclamado la flor de la *bazoche* y sobre todo un buen muchacho. Ojalá un hombre que tan bien nos trata, trate en breve de adquirir un estudio!....»

Aquí había manchas de vino, borrones y rúbricas que parecían fuegos artificiales. Para dar á comprender el sello de verdad que había sabido imprimirse á

este registro, bastará copiar el proceso verbal de la presunta recepción de Oscar.

«Hoy, lunes, 25 Noviembre de 1822, después de una sesión celebrada ayer en la calle de la Cerisaie, cuartel del Arsenal, en casa de Mme. Clapart, madre del novato, bazochiano, Oscar Husson, nosotros, los abajo firmados, declaramos que el banquete de recepción ha superado nuestras esperanzas. Se componía de rabanillos negros y rosa, de pepinillos, anchoas, manteca y aceitunas por vía de estimulantes, de una suculenta sopa de arroz, que atestigua una solicitud maternal, porque hemos notado en ella un delicioso sabor á pollo; y según confesión del novato, hemos sabido que, en efecto, los despojos de un exquisito guiso preparado por los cuidados de Mme. Clapart, habían sido juiciosamente injeridos en el puchero hecho á domicilio, con cuidados que sólo se toman en el hogar doméstico.

»*Item*, el adobo rodeado de un mar de gelatina, debida á la madre del susodicho.

»*Item*, una lengua de buey á los tomates que no nos ha encontrado autómatas.

»*Item*, una salsa de pichones con un sabor capaz de hacer creer que los ángeles habían dirigido su confección.

»*Item*, un timbal de macarrones, seguido de fuentes de crema al chocolate.

»*Item*, unos postres compuestos de once platos delicados, entre los cuales, á pesar del estado de embriaguez á que nos habían reducido diez y seis exquisitas botellas de los más selectos vinos, hemos notado



una compota de albérchigos de una delicadeza augusta y sorprendente.

»Los vinos del Rosellon y los de la costa del Ródano han desacreditado por completo á los de Champagne y Borgoña. Una botella de marrasquino y una de kirsch, á pesar del exquisito café, han acabado de sumergirnos en un éxtasis enológico tal, que uno de nosotros, el señor Hérisson, se ha encontrado en el bosque de Boloña, creyendo hallarse todavía en el boulevard del Temple; y que Santiaguíto, el amanuense, de catorce años de edad, se ha dirigido á ciudadanas de cincuenta y siete años, tomándolas por mujeres fáciles, de lo cual se toma acta. Existe en los estatutos de nuestra orden una ley severamente observada, y es la de dejar á los aspirantes á los privilegios de la *bazoche* medir por su fortuna las magnificencias de su bienvenida, porque es de pública notoriedad que nadie que tenga rentas se entrega á Temis, y que todo escribiente se halla severamente gobernado por sus padres. Así, hacemos constar, en medio de los mayores elogios, la conducta de Mme. Clapart, viuda en primeras nupcias de M. Husson, padre del impetrante, y le declaramos digno de los ¡hurra! que se han prorumpido durante los postres, y que todos hemos firmado.»

Tres escribientes habian caído ya en esta mistificación, y tres recepciones reales constaban en este imponente registro. El día de la llegada de cada novato al estudio, el amanuense había colocado en el sitio del mismo, sobre su cartera, los archivos *architriclino-bazochianos*, y los escribientes gozaban del espec-

táculo que presentaba la fisonomía del recién venido, al estudiar estas páginas bufas. *Inter pocula*, cada neófito había sabido el secreto de esta farsa *bazochiana*, y esta revelación le inspiró, como era de esperar, el deseo de mistificar á los escribientes futuros. Ahora imagine cada uno la cara que pusieron los cuatro escribientes y el amanuense á estas palabras de Oscar, á su vez mistificador:

—¡Adelante con el libro!

Diez minutos despues de esta exclamación, se presentó un hermoso jóven, de airoso talle y agradable semblante, preguntó por M. Desroches y se nombró sin vacilar á Godeschal.

—Soy Federico Marest,—dijo, y vengo á ocupar aquí la plaza de tercer escribiente.

—Señor Husson,—dijo Godeschal á Oscar, indicad su sitio á ese caballero y ponedle al corriente de los hábitos de nuestro trabajo.

Al día siguiente, el escribiente encontró el libro atravesado sobre su cartera; pero, despues de haber recorrido las primeras páginas, se echó á reír, no invitó al estudio y volvió á colocarlo delante de él.

—Señores,—dijo al marcharse á eso de las cinco, tengo un primo primer escribiente de notario en casa del señor Leopoldo Hannequin, le consultaré acerca de lo que debo hacer para mi bienvenida.

—Malo!—exclamó Godeschal, el futuro magistrado no parece novicio!

—Le marearemos,—dijo Oscar.

Al día siguiente, á las dos, Oscar vió entrar y reconoció á Jorge Marest en la persona del primer escribiente de Hannequin.



—Eh, aquí viene el amigo de Alí-Pachá,—exclamó con aire despejado.

—Toma! vos aquí, señor embajador?—respondió Jorge, acordándose de Oscar.

—Hola! conque os conoceis?—preguntó Godeschal á Jorge.

—Ya lo creo, hemos hecho tonterías juntos,—dijo Jorge, hace de esto más de dos años. Sí, he salido de casa de Crottat para entrar en la de Hannequin, precisamente á causa de ese asunto.....

—¿Qué asunto?—preguntó Godeschal.

—Oh! nada,—respondió Jorge á un signo de Oscar. Quisimos mistificar á un Par de Francia, y él fué quien nos dió mil vueltas.... Ah! eso es, conque queremos sacarle una zanahoria á mi primo?....

—Nosotros no sacamos zanahorias á nadie,—dijo Oscar con dignidad, hé aquí nuestros estatutos.

Y presentó el famoso registro, en el lugar donde se encontraba una sentencia de exclusion decretada contra un refractario que por el delito de avaricia se habia visto obligado á abandonar el estudio en 1788.

—Ya lo creo que se trata de una zanahoria, porque aquí están las raices,—replicó Jorge, señalando aquellos bufos documentos. Pero mi primo y yo somos ricos, os ofreceremos un banquete como jamás hayais visto otro, y que estimulará vuestra imaginacion para el proceso verbal. Hasta mañana, domingo, á las dos en el Rocher de Cancale. Despues os llevaré á pasar la velada á casa de la señora marquesa de las Florentinas y Cabirols, en donde jugaremos y hallareis lo más selecto de las mujeres distinguidas. Así, señores de primera instancia,—prosiguió con gravedad nota-

rial, formalidad, y sabed llevar el vino como los señores de la Regencia....

—¡Hurra!—gritó el estudio como un solo hombre. Bravo!.... *Very well!*.... Vivan, vivan los Marest.... (las lagunas).

—Pontinas!—exclamó el amanuense.

—Y bien, qué hay?—preguntó el principal, saliendo de su gabinete. Ah! eres tú Jorge, dijo al primer escribiente, te comprendo, vienes á descarriar á los míos.

Y entró de nuevo en su gabinete, llamando á Oscar.

—Toma, aquí tienes quinientos francos,—le dijo abriendo su caja, ve á la Audiencia y retira del archivo de las copias el fallo de Vandenesse contra Vandenesse, precisa notificarlo esta noche si es posible. He prometido *un apronto* de veinte francos á Simon; espera el fallo si no está dispuesto, no dejes que te enreden; porque Derville es capaz de ponernos entorpecimientos, en interés de su cliente. El conde Félix de Vandenesse es más influyente que su hermano el embajador, nuestro cliente. Mucho ojo, pues, y á la menor dificultad, ven á consultarme.

Oscar partió con intencion de distinguirse en esta pequeña escaramuza, la primera que se presentaba desde su instalacion.

Despues de la partida de Jorge y de Oscar, Godeschal sonsacó á su nuevo escribiente, acerca de la broma que en su concepto encerraba aquella marquesa de las Florentinas y Cabirols; pero Federico continuó la mistificacion de su primo, con una sangre fria y una gravedad de procurador general; con sus ademanes y respuestas persuadió á todo el estudio



que la marquesa de las Florentinas era la viuda de un grande de España, á la cual su primo hacia la córte. Nacida en Méjico, hija de una eriolla, esta jóven y rica viuda se distinguia por la indolencia de las mujeres nacidas en aquellos climas.

—Le gusta reir, le gusta beber, le gusta cantar como nosotros!—dijo en voz baja, citando la famosa cancion de Béranger. Jorge, añadió, es muy rico, ha heredado de su padre, que era viudo, el cual le ha dejado diez y ocho mil libras de renta, y con los doce mil francos que nuestro tio acaba de legarnos á cada uno, reúne treinta mil francos anuales. De manera que ha pagado sus deudas y abandona el notariado. Espera ser marqués de las Florentinas, porque la jóven viuda es marquesa y tiene derecho á dar sus títulos á su marido. Si los escribientes permanecieron en extremo indecisos respecto á la marquesa, la doble perspectiva de un almuerzo en el *Rocher de Cancalle* y de esta *soirée fashionable*, les causó una excesiva alegría. *Hicieron todas las reservas* relativamente á la española, para juzgarla *sin apelacion*, cuando compareciesen en su presencia.

Esta marquesa de las Florentinas y Cabirolas era sencillamente Mlle. Agata Florentina Cabirolle, primera bailarina del teatro de la Gaité, en casa de la cual el tio Cardot cantaba la *Madre Godichon*. Un año despues de la muy reparable pérdida de la difunta Mme. Cardot, el afortunado negociante encontró á Florentina al salir de la academia de Coulon. Deslumbrado por la hermosura de esta flor coreográfica, Florentina tenia entonces trece años, el comerciante retirado la siguió hasta la calle Pastourelle, en don-

de tuvo el gusto de saber que la futura gala del baile debía la existencia á una simple portera. A los quince dias, la madre y la hija, domiciliadas en la calle de Crussol, gozaron en ella de un modesto bienestar. Fué, pues, á este protector de las artes, segun la frase adoptada, á quien debió el teatro este jóven talento. Este generoso Mecenaz volvió entonces casi locas á aquellas dos criaturas, ofreciéndoles un moviliario de éaoba, tapices, alfombras y una cocina económica; les permitió tomar una criada y les entregó doscientos cincuenta francos al mes. El padre Cardot, adornado con sus alas de pichon, pareció entonces un ángel y fué tratado como se merecia un bienhechor. Para la pasion del buen hombre, aquella fué la *edad de oro*. Durante tres años, el chantre de la madre Godichon observó la alta política de mantener á Mlle. Cabirolle y á su madre en esta reducida habitacion, á dos pasos del teatro; luego, por amor á la coreografía, dió Vestris por maestro á su protegida. Así es que por los años de 1820, tuvo la fortuna de ver bailar á Florentina su primer paso en el baile de un melodrama de espectáculo, intitulado *las Ruinas de Babilonia*. Florentina contaba entonces diez y seis primaveras. Algun tiempo despues de este estreno, el padre Cardot habia ya llegado á ser *un viejo tacañón* para su protegida; pero como tuvo la delicadeza de comprender que una bailarina del teatro de la *Gaité* tenia que sostener cierto rango, y elevó á quinientos francos su socorro mensual, si no volvió á ser un ángel, fué al menos *un amigo hasta la muerte*, un segundo padre. Esta fué la *edad de plata*. De 1820 á 1825, Florentina adquirió la experiencia de que de-



ben gozar todas las bailarinas de diez y nueve á veinte años. Sus amigas fueron las ilustres Marrietta y Tullia, dos primeros papeles de la Opera. Florina, luego la pobre Coralia, tan pronto arrebatada al arte, al amor y á Camusot. Como quiera que el pequeño padre Cardot habia adquirido por su parte cinco años más, habia caido en la indulgencia de esa semi-paternidad que conciben los ancianos hácia los talentos jóvenes que han educado y cuyos triunfos han llegado á ser los suyos. Además, ¿en dónde y cómo un hombre de sesenta y ocho años hubiera renovado un cariño semejante, sino en Florentina que tan bien conoció sus hábitos, y en cuya casa pudiera cantar con sus amigos la madre Godichon? El pequeño padre Cardot se encontró, pues, bajo un yugo medio conyugal y de una fuerza irresistible. Esta fué *la edad de bronce*.

Durante los cinco años de la edad de oro y la edad de plata, Cardot economizó noventa mil francos. Este anciano, lleno de experiencia, habia previsto que cuando él llegaria á los setenta años, Florentina seria mayor de edad; debutaria quizás en la Opera, sin duda querria ostentár el lujo de una persona principal. Algunos días antes de la fiesta en cuestion, el padre Cardot habia gastado cuarenta y cinco mil francos á fin de dar cierto lujo á su Florentina, para la cual habia vuelto á tomar la antigua habitacion en donde la difunta Coralia hacia la felicidad de Camusot. En Paris, existen habitaciones, casas y calles predestinadas. Enriquecida con una magnífica vajilla, la primera bailarina del teatro de la Gaité daba exquisitas comidas, gastaba en atavios trescientos francos

mensuales, ya no salia sino en coche, tenia doncella, cocinera y lacayo. Ambicionaba, en fin, una órden de debutar en la Opera. Entonces el Capullo de Oro obsequió á su antiguo jefe con sus productos más espléndidos para complacer á Mlle. Cabirolle, llamada Florentina, de la misma manera que tres años antes habia colmado los deseos de Coralia, pero siempre sin saberlo la hija del padre Cardot, porque el suegro y el yerno se entendian á las mil maravillas para guardar el decoro en el seno de la familia. Mme. Camusot nada sabia, ni de las disipaciones de su marido, ni de las costumbres de su padre. Así, pues, la magnificencia que resplandecia en la calle de Vendôme, en casa de Mlle. Florentina, hubiera satisfecho á las comparsas más ambiciosas. Despues de haber sido el amo durante siete años, Cardot se sentia arrastrado por un remolcador de una potencia de capricho ilimitada. Mas el desventurado anciano amaba!... Florentina debia cerrarle los ojos, él contaba legarle cien mil francos. *La edad de hierro* habia principiado!...

Jorge Marest, rico de treinta mil libras de renta, guapo muchacho, cortejaba á Florentina. Todas las bailarinas tienen la precaucion de amar como las aman sus protectores, de tener un joven que las lleva á paseo y las dispone locas partidas de campo. Aunque desinteresado, el antojo de una primera bailarina es siempre una pasion que cuesta algunas bagatelas *al afortunado mortal*. Son las comidas en los restaurants, los palcos en los teatros, los coches para ir y venir de las cercanías de Paris, vinos exquisitos consumidos con profusion, porque las bailarinas viven



hoy como vivian en otro tiempo los atletas. Jorge se divertía como se divierten los jóvenes que pasan del rigor paterno á la independencia, y la muerte de su tío, al doblar casi su fortuna, cambiaba sus ideas. Mientras no tuvo más que las diez y ocho mil libras de renta legadas por su padre y su madre, su intención fué ser notario; pero según las palabras de su primo á los escribientes de Desroches, se necesitaba ser estúpido para principiar una profesion con la fortuna que se posee cuando se la abandona. El primer escribiente, pues, celebraba su primer día de libertad con este almuerzo que servía al mismo tiempo para pagar la bienvenida de su primo. Más cuerdo que Jorge, Federico persistía en seguir la carrera del ministerio público. Como quiera que un gallardo joven tan bien formado y tan suelto como Jorge podía muy bien casarse con una rica criolla, de la misma manera que el marqués de las Florentinas y Cabirolas había podido muy bien en su vejez, al decir de Federico á sus futuros camaradas, tomar por esposa antes á una joven bella que á una joven noble, los escribientes del estudio de Desroches, todos hijos de familias pobres, no habiendo frecuentado jamás el gran mundo, vistieron sus mejores trajes, todos bastante impacientes por ver á la marquesa mejicana de las Florentinas y Cabirolas.

—Qué fortuna,—dijo Oscar á Godeschal, al levantarse por la mañana, qué fortuna que me haya mandado hacer un frac, un pantalon, un chaleco nuevos, un par de botas, y que mi querida madre me haya hecho un nuevo equipo para mi promoción á la categoría de segundo escribiente!.... Tengo seis camisas

con chorrera y de hermosa tela, además de las doce que me ha dado.... Vamos á exhibirnos! Ah! si uno de nosotros pudiera quitar la marquesa á ese Jorge Marest!....

—Linda ocupacion para un escribiente del estudio del maestro Desroches!....—exclamó Godeschal. Conque no domarás jamás tu vanidad, granuja?....

—Ah! caballero,—dijo Mme. Clapart que traía corbatas á su hijo y que oyó las palabras del escribiente principal, Dios quiera que Oscar siga vuestros consejos! Es lo que le digo sin cesar: imita al señor Godeschal, sigue sus consejos!

—Progresa, señora,—respondió el primer escribiente; pero no se necesitaria hacer muchas torpezas como la de ayer para perderse en el concepto del principal. Este no concibe que uno no pueda conseguir lo que se propone. Por via de estreno encarga á vuestro hijo sacar la copia de un fallo en un asunto de sucesion en que dos grandes señores, dos hermanos, litigan uno contra otro, y Oscar se ha dejado burlar... El amo principal estaba furioso. Apenas si he podido remediar esta tontería yendo esta mañana desde las seis, á encontrar al dependiente archivero, de quien he obtenido tener el fallo mañana á las siete y media.

—Ah! Godeschal,—exclamó Oscar estrechando la mano de su primer escribiente, sois un verdadero amigo.

—Ah! caballero,—dijo Mme. Clapart, una madre se considera dichosa de saber que su hijo tiene un amigo como vos, y podeis contar con una gratitud que durará lo que mi vida. Oscar, apártate de ese Jorge



Marest, ha causado ya tu primera desgracia en la vida.

—¿Y cómo ha sido eso? preguntó Godeschal.

La madre, sobrado confiada, refirió sucintamente al joven la aventura ocurrida á su pobre Oscar en el coche de Pierrotin.

—Tengo la seguridad,—dijo Godeschal, de que *ese embromador* nos ha preparado para esta noche alguna jugada de las suyas... En cuanto á mí, no pienso ir á casa de la condesa de las Florentinas, mi hermana me necesita para las estipulaciones de una nueva contrata, conque me separaré de vosotros á los postres; pero Oscar, no te descuides. Tal vez os harán jugar, el estudio de Desroches no debe quedar en mal lugar. Toma, jugarás por los dos, ahí tienes cien francos,—dijo este excelente muchacho, dando la suma á Oscar cuya bolsa iba á ser saqueada por el zapatero y el sastre. Sé prudente, piensa en no jugar más que nuestros cien francos, no te dejes embriagar, ni por el juego ni por las libaciones. ¡Cáscaras! un segundo escribiente es ya hombre de peso, no debe jugar sobre su palabra, ni traspasar en nada ciertos límites. Desde que uno es segundo escribiente, debe pensar en ser procurador. Así, ni demasiado beber, ni demasiado jugar, guardar una actitud conveniente, tal es la regla de tu conducta. Sobre todo no se te olvide estar en casa á media noche, porque mañana á las siete debes hallarte en la Audiencia para que te den tu fallo. No está prohibido divertirse, pero los negocios ante todo.

—¿Lo oyes, Oscar?—dijo Mme. Clapart. Mira, cuán indulgente es el señor Godeschal y como sabe concei-

liar los placeres de la juventud con los deberes de su profesion.

Mme. Clapart, al ver al sastre y al zapatero que venian en busca de Oscar, permaneció un momento á solas con el primer escribiente, para devolverle los cien francos que acababa de dar.

—Ah! caballero,—le dijo, las bendiciones de una madre os seguirán á todas partes y en todas vuestras empresas.

Entonces la madre experimentó la suprema dicha de ver á su hijo bien vestido, ella le traía un reló de oro comprado á fuerza de economías, en recompensa de su buen comportamiento.

—Entras en quinta dentro de ocho días,—le dijo, y como era preciso prever el caso de que saques un mal número, he ido á ver á tu tío Cardot, está muy contento de tí. Encantado de verte segundo escribiente á los veinte años, y de tus triunfos en el exámen de la Escuela de derecho, ha prometido el dinero necesario para comprarte un sustituto. ¿No experimentas cierta satisfaccion al ver tan bien recompensada una buena conducta? si ahora sufres privaciones, piensa en la dicha de poder adquirir un estudio dentro de cinco años. Piensa, en fin, tesoro mio, cuánta ventura proporcionas á tu madre.

El semblante de Oscar, un tanto enflaquecido por el estudio, habia adquirido una fisonomia á la cual el hábito de los negocios imprimia una expresion seria. Habia terminado su desarrollo y le habia salido la barba. La adolescencia, en fin, cedia el paso á la virilidad. La madre no pudo dejar de admirar á su hijo y le abrazó tiernamente, diciéndole:



—Diviértete, pero no olvides las advertencias de ese buen Godeschal. Ah! toma, se me olvidaba! ahí tienes el regalo de nuestro amigo Moreau, una linda cartera.

—La necesito tanto más cuanto que el principal me ha entregado quinientos francos para retirar ese condenado fallo de Vandenesse contra Vandenesse, y no quiero dejarlos en mi cuarto.

—¡Vas á llevarlos encima!—dijo la madre asustada. Y si perdieras semejante cantidad! No seria mejor que se la confiaras á Godeschal?

—¡Godeschal!—gritó Oscar que halló excelente la idea de su madre.

Godeschal, como todos los escribientes, el domingo era dueño de su tiempo desde las diez hasta las dos, habia salido ya.

Cuando su madre se separó de él, Oscar fué á matar el tiempo á los boulevares, esperando la hora del almuerzo. ¿Cómo no pasear aquel hermoso atavío que llevaba con un orgullo y un placer que recordarán todos los jóvenes que al principio de la vida se han hallado en la escasez? Un bonito chaleco de cachemira con fondo azul y con chal, un pantalon negro de casimir formando pliegues, un frac negro, bien hecho, y un baston con puño de plata sobredorada comprado con sus economias, causaban una alegría bastante natural á este pobre muchacho que pensaba como estaba vestido el día de su viaje á Presles, acordándose del efecto que Jorge habia entonces producido en él. Oscar tenia en perspectiva un día de delicias; á la noche debia ver el mundo elegante de la hermosura, por vez primera! Convengamos en ello: en un es-

cribiente sediento de placeres, y que desde tanto tiempo aspiraba á algun festin, los sentidos desencadenados podian hacerle olvidar las prudentes recomendaciones de Godeschal y de su madre. Para vergüenza de la juventud, jamás faltan los consejos y las advertencias. Además de las recomendaciones de por la mañana, Oscar experimentaba en su interior un movimiento de aversion contra Jorge, se sentia humillado en presencia de este testigo de la escena del salon de Presles, cuando Moreau le habia arrojado á los pies del conde de Sérisy.—El órden moral tiene sus leyes, ellas son implacables y nos castigan cada vez que las desconocemos. Existe sobre todo una á la cual los mismos brutos obedecen, sin discusion y siempre. Es la que nos ordena huir de todo el que una vez nos ha perjudicado, con intencion ó sin ella, voluntaria ó involuntariamente. La criatura de quien hemos recibido daño ó disgusto nos será siempre funesta. Cualquiera que sea su rango, por cariño que nos profese ó le profesemos, es necesario romper con ella, nos la envia nuestro genio malo. Por más que el sentimiento cristiano se opone á esta conducta, la observancia de esta ley terrible es esencialmente social y conservadora. La hija de Jacobo II, que se sentó en el trono de su padre, debió de inferirle más de una herida antes de la usurpacion. Judas habia ciertamente dado algun golpe asesino á Jesus antes de hacerle traicion. Existe en nosotros una vista interior, la vista del alma, que presiente las catástrofes, y la repugnancia que experimentamos hácia ese ser fatal es el resultado de esta prevision; si la religion nos ordena vencerla, réstanos la desconfianza cuya voz debe ser oida sin



cesar. ¿Podía Oscar, á los veinte años, poseer tanta cordura?

Ay! cuando á las dos y media Oscar entró en el salon del Rocher de Cancale, donde además de los escribientes se hallaban tres convidados, á saber: un viejo capitán de dragones, llamado Girodeau; Finot, periodista, que podía hacer debutar á Florentina en la Opera; du Bruel, un autor amigo de Tullia, una rival de Marietta en la Opera; el segundo escribiente sintió desvanecerse su secreta hostilidad á los primeros apretones de mano, á los primeros arrebatos de una conversacion entre jóvenes, ante una mesa de doce cubiertos espléndidamente servida. Además, Jorge estuvo encantador con Oscar.

—Cursais,—le dijo, la diplomacia privada, por que ¿qué diferencia existe entre un embajador y un procurador? Unicamente la que separa á una nacion de un individuo. Los embajadores son los procuradores de los pueblos!... Si puedo servirlos en algo, venid á mi encuentro.

—A fe mia,—dijo Oscar, hoy puedo confesároslo, habeis sido para mí la causa de una gran desgracia....

—Bah! prorumpió Jorge despues de haber oido la narracion de las tribulaciones del escribiente; si es el conde de Sérisy quien se ha portado mal!... ¿Su mujer? No la quisiera para mí. Y el mozo por más que haya sido ministro de Estado, Par de Franeia, yo no quisiera hallarme en su pellejo rojo. Es un alma pequeña, ahora me burlo mucho de él.

Oscar oyó con verdadero placer las bromas de Jorge acerca del conde de Sérisy, porque disminuian, hasta cierto punto, la gravedad de su falta; y abundó

en las ideas rencorosas del ex-escribiente de notario que se gozaba pronosticando á la nobleza las desgracias con que la clase media soñaba entonces y que el 1850 debia realizar. A las tres y media principiaron á celebrar. Los postres no se sirvieron hasta las ocho, cada plato exigió dos horas. Sólo los escribientes pueden comer así! Los estómagos de diez y ocho á veinte años, son, para la medicina, casos inexplicables. Los vinos fueron dignos de Borrel, que en aquella época sustituía al ilustre Balaine, el fundador del primer restaurant parisiense, esto es, del mundo entero, por la delicadeza y la perfeccion de la cocina. A los postres se redactó el proceso verbal de este festin de Baltasar, principiando por: *inter pocula aurea restauranti, qui vulgo dicitur Rupes Cancali*. Despues de este principio, imagine cada uno la hermosa página que se añadiría á este Libro de Oro de los almuerzos bazochianos. Godeschal desapareció despues de firmar, dejando á los once comensales, estimulados por el antiguo capitán de la guardia imperial, entregados á los vinos, á los brindis y á los licores de unos postres cuyas pirámides de frutas y de primicias parecian los obeliscos de Tebas. A las diez y media, el amanuense del estudio se halló en un estado que no le permitió permanecer allí; Jorge le embolsó en un fiacre, dando la direccion de la madre y pagando la carrera. Los diez comensales, todos ébrios como Pitt y Dundas, hablaron entonces de ir á pie por los boulevards, en vista del tiempo delicioso, á casa de la marquesa de las Florentinas y Cabirolas, en donde, á eso de la media noche, debian encontrar la más brillante sociedad. Todos estaban sedientos de respirar el



aire con todos sus pulmones; pero esceptuando Jorge, Giroudeau, du Bruel y Finot, acostumbrados á las orgías parisienses, nadie pudo andar. Jorge envió por tres calesas á un establecimiento de carruajes de alquiler, y durante una hora paseó á su gente por los boulevards exteriores, desde Montmartre hasta la barrera del Trono. Regresaron por Berey, los muelles y los boulevards, hasta la calle de Vendôme.

Los escribientes revoloteaban aún por el cielo poblado de antojos á que la embriaguez arrebató á los jóvenes, cuando su anfitrión les introdujo en los salones de Florentina. Allí chispeaban princesas de teatro que instruidas sin duda de la chanza de Federico, se divertían en remedar á las mujeres de alcurnia. Entonces estaban tomando sorbetes. Las bujías encendidas hacían brillar los candelabros. Los lacayos de Tullia, de Mme. de Val-Noble y de Florina, todos de gran librea, servían fiambres en fuentes de plata. Los tapices, obras maestras de la industria lionesa, atados con cordones de oro, aturdían las miradas. Las flores de las alfombras semejaban un parterre. Los más costosos dijes y curiosidades centelleaban á los ojos. En el primer momento y en el estado á que Jorge les había reducido, los escribientes, y sobre todo Oscar, creyeron en la marquesa de las Florentinas y Cabirolos. El oro brillaba sobre cuatro mesas de juego colocadas en el dormitorio. En el salón, las mujeres se dedicaban á una veinte y una defendida por Nathan, el célebre autor. Después de haber vagado, ébrios y casi dormidos, por los sombríos boulevards exteriores, los escribientes despertaban en un verdadero palacio de Armida. Oscar, presentado por

Jorge á la presunta marquesa, permaneció atontado, no conociendo á la bailarina de la Gaité en aquella mujer aristocráticamente descotada, cubierta de encajes, semejante casi á una viñeta de *kepsake*, y que le recibió con gracias y maneras sin analogía en la memoria ó en la imaginación de un escribiente tratado con tanta severidad. Después de haber admirado todas las riquezas de esta habitación, las hermosas mujeres que en él se recreaban, y que todas competían en atavíos para la inauguración de este esplendor, Oscar fué tomado de la mano y conducido por Florentina á la mesa de la veinte y una.

—Venid, quiero presentaros á la bella marquesa d'Anglade, una amiga mia....

Y condujo al pobre Oscar en presencia de la linda Fanny-Beaupré que hacía dos años sustituía á la difunta Coralia en las afecciones de Camusot. Esta joven actriz acababa de formarse una reputación en el papel de marquesa de un melodrama de la Porte-Saint-Martin, intitulado la *Familia d'Anglade*, un éxito de la temporada.

—Mira, amiga mia,—dijo Florentina, te presento á un muchacho encantador que puedes asociar á tu juego.

—Ah! estará bonito eso,—respondió con una sonrisa hechicera la actriz, midiendo á Oscar con la mirada, estoy perdiendo, vamos á jugar en compañía, no es verdad?

—Estoy á vuestras órdenes, señora marquesa,—dijo Oscar, sentándose al lado de la joven actriz.

—Poned el dinero,—dijo ella, yo lo jugaré, me